

duradera. Por el presente, tenemos el consuelo de celebrar las solemnidades de Pascua y Pentecostés con tranquilidad, lo cual no es para nosotros un pequeño motivo de alegría. Saludad de nuestra parte á todos los que tienen un verdadero temor del Señor. Os saludan los que están conmigo. Deseo, muy queridos y amados hermanos míos, que el Señor os conserve. »

La fiesta de San Teodoro está señalada en el *Martirologio romano*, el 28 de diciembre. Los Griegos la celebran el 16 de Mayo, y en sus oficios le tributan magníficos elogios.

---

#### ALGUNOS DISCIPULOS DE SAN PACOMIO <sup>1</sup>.

Entre los discípulos de San Pacomio, que Dios le envió para ser como las piedras fundamentales de su Orden, se contaban Psentaesio, Psois y Sur ó Syr.

Psentaesio era egúmeno ó superior de un monasterio, desde el año 346. Despues de la muerte de San Pacomio fué uno de los más firmes apoyos de la congregacion. San Teodoro se servía de él en los negocios más importantes. Obligaba á los religiosos que caian en faltas considerables á declarárselas á él ó á Pecusio.

Nada de particular sabemos de Psois. El historiador de San Pacomio dice en general de él y de algunos otros, que eran fuertes en el ejercicio de las virtudes y verdaderos atletas en la piedad.

Sur ó Syr habia sido nombrado superior de Pachnum

<sup>1</sup> Vit. pp., Los Bolandistas, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

por San Pacomio. Desempeñaba este cargo en 346. San Jerónimo dice de él que había recibido de Dios por ministerio de un ángel la gracia de una lengua mística, como San Pacomio y Corneille. En la coleccion de las reglas de San Benito de Aniano, se encuentran tres cartas que San Pacomio le escribió en este misterioso language.

A más de los tres excelentes discípulos de los cuales acabamos de hablar, Pecusio, Corneille, Juan, y un segundo Pacomio fueron á alistarse bajo la disciplina del Santo. Pecusio entró jóven en la Orden é hizo en ella en tan poco tiempo un tan gran progreso en la virtud, que mereció ser calificado por excelencia con el título de Siervo de Dios por su padre espiritual San Pacomio, cuyo historiador le llama el verdadero amigo. Él fué quien llevó á Tabennes al gran san Teodoro, habiéndole encontrado al ir á Lato-ple, en un monasterio de solitarios que visitó.

Ammon, del cual hemos hablado en la vida de San Teodoro, supo de Pecusio muchas revelaciones con las cuales Dios había favorecido á este Santo, y las cuales había sabido Pecusio por el mismo San Pacomio. Las hemos contado casi todas en el capítulo precedente, pero añadiremos aquí una que hemos omitido, y que siendo muy conforme á las que se cuentan de algunos santos de los últimos siglos, hace ver que esos insignes favores no quedan sin ejemplo en la antigüedad.

Pecusio, pues, contaba que San Teodoro, estando con San Pacomio en el monasterio de Tabennes, y habiéndose puesto de noche en oracion, se sintió tan atacado de sueño, que se vió obligado á salir del punto en que estaba y pasearse por el monasterio, hasta tanto que le hubiesen pasado las ganas de dormir. De este modo se fué hasta la puerta de la iglesia en donde por último despues de haber orado algun tiempo, no pudiendo resistir más el sueño, se vió obligado á ceder á él. Mientras dormía, se le apareció un

ángel y le dijo que le siguiese. Teodoro obedeció ; se levantó y siguió al ángel que le introdujo en la iglesia en la cual vió una brillante luz y un gran número de espíritus celestiales colocados en el punto en que los sacerdotes acostumbraban ofrecer los santos Misterios. Este espectáculo inspiróle un santo temor ; y al mismo momento uno de los espíritus bienaventurados hízole acercar al altar, en el que un personaje distinguido de los otros por el resplandor de una más brillante gloria, le puso en la boca alguna cosa de tan delicioso gusto que jamás en su vida la habia comido más delectable, y le ordenó que se la dejase consumir en ella. Hecho esto, desapareció la luz y los ángeles salieron de la iglesia. Pero este misterioso manjar dejó en San Teodoro una impresion de gozo y de consuelo interior tan grande, que puede llamársela inefable. Después de este tiempo sintió en él una fuerza nueva para emprenderlo y sufrirlo todo por el servicio y amor de Dios.

Esta relacion que Ausonio y Elurion hacian á Ammon, segun dice Pecusio, le hicieron desear tener á este por su padre espiritual. Rogábale frecuentemente que le dijese todo cuanto supiera de San Teodoro, y añade, hablando de su virtud, que habia recibido de Dios una muy gran autoridad sobre los malignos espíritus.

Corneille fué tambien uno de los más célebres discípulos de San Pacomio. Era mirado con San Teodoro y Petronio como lo más santo que habia en la congregacion. Dedicose al servicio de Dios desde su juventud y se ejercitó tan valerosamente en la mortificacion religiosa que Dios recompensó sus esfuerzos con la gracia de no ser inquietado con distracciones en la oracion, de suerte que durante el oficio su espíritu estaba siempre aplicado á Dios. Teodoro de Alejandría quejóse un dia á San Pacomio de que no podia hacer una oracion, por corta que fuese, sin que su espíritu se distrajera, mientras que Corneille pasaba

sin distraccion las más largas oraciones. Y San Pacomio le respondió : « Si un esclavo ve á un hombre libre, aunque pobre, le vienen deseos de ser libre como él. Si un pobre ve á un principe tiene tambien deseos de serlo ; y si un principe ve á un rey, tambien tiene envidia de su poder y desea reinar. Corneille solo ha obtenido del Señor la gracia que ha recibido, despues de haber sostenido frecuentemente grandes combates. Trabajad como él lo ha hecho, y esperad que Dios os concederá lo que más os convenga. »

El santo patriarca se lo llevó con Teodoro cuando fué á fundar el monasterio de Panes á instancias de Ario ó Verus, obispo de aquella ciudad. Queriendo un filósofo de allí conferenciar con San Pacomio, fuese al nuevo monasterio, y el Santo le envió á Corneille para que conversara con él. El filósofo le dijo : « Como sois monge y teneis reputacion de comprender las cosas dificiles y de hablar con sabiduria, responded á esto : ¿ Qué hay que pensar de un forastero que ha veñido á Panes á vender aceitunas, siendo así que aqui las hay en gran abundancia ? Corneille vió bien á dónde apuntaba y le respondió : Es verdad que hay en Panes muchas aceitunas, pero falta aquí sal, y esta sal es lo que venimos á traeros. » El filósofo no preguntó más, y se volvió hácia los de su profesion para contarles esta respuesta.

Habiéndose embarcado San Pacomio en el Nilo para girar la visita de sus monasterios, dijo por la tarde á los religiosos que le acompañaban, si querían pasar una parte de la noche en oracion. Accedieron al instante ; pero prosiguiendo el Santo su oracion hasta la mañana, uno de los hermanos perseveró allí con él, y el otro se fué á acostar despues de haber orado algun tiempo, por hallarse demasiado dominado por el sueño.

Cuando el Santo llegó á Moncosa, Corneille, que era el

ecónomo y superior de allí, salióle al encuentro con sus religiosos, y despues de las muestras ordinarias de respeto y afecto, tomó aparte al hermano que no había podido velar la noche entera con San Pacomio, y le preguntó qué había hecho el Santo los dias precedentes. Este se lo contó y no olvidó cómo se habia dormido mientras que el Santo había velado hasta el amanecer. « ¡ Oh hombre flojo, le dijo entonces Corneille! ¿ cómo en la flor de la edad os habeis dejado vencer por un viejo achacoso? » El no creía que San Pacomio le oyese; pero el santo abad que le oia, quiso enseñarle á tener un poco más de complacencia para con los débiles. Así que, cuando se acercó la noche, le propuso orar juntos; é hicieronlo en efecto hasta la mañana, no sin que Corneille sufriese mucho por ello; pero cuando vió que el Santo, en vez de enviarle á descansar, le dijo si quería asistir al oficio de la mañana, confesó que no podía orar más pues era mucho lo rendido que estaba por el sueño. Entonces el Santo le dijo: « ¡ Pues qué, Corneille! ¿ de este modo os dejais vencer por un viejo achacoso? » Con estas palabras comprendió que había oido el mismo reproche que habia hecho á aquel hermano, y confesó que había faltado á la caridad y que el Santo tenia el espíritu de Dios.

En la *Coleccion de las Reglas de San Benito de Aniano* tenemos dos cartas que San Pacomio le escribió en aquel misterioso lenguaje que el ángel, segun refiere San Jerónimo, había enseñado á uno y otro. Corneille era todavía superior de Moncosa cuando fué atacado y murió de la misma enfermedad que hizo tanto estrago en los monasterios de Tabennes, de la cual San Pacomio murió tambien al mismo tiempo.

Se dice en la Vida del santo patriarca que cuando introdujo la regla en el monasterio de Moncosa, habia entre los religiosos que se la habían pedido, un anciano llamado

Juan ó Jonás muy experimentado en la vida espiritual.

Era este un religioso de una abstinencia la más austera y de un trabajo prodigioso. Durante ochenta y cinco años que vivió en el monasterio, no comió jamás fruta, aun cuando tuvo cuidado, en calidad de jardinero, de proveer de ella abundantemente á la comunidad y á los transeuntes, y aun cuando había plantado con este fin en el jardin un gran número de árboles frutales. Tampoco comió nada cocido, sino que su alimento consistía en yerbas crudas, que no condimentaba más que con un poco de vinagre. Tres pieles de carnero cosidas entre sí formaban todo su vestido, lo mismo en invierno que en verano; y cuando comulgaba, tomaba por decencia un leviton, ó ropa blanca de que usaban los hermanos, despues de lo cual se la quitaba, doblábala con aseo y volvía á tomar su vestido de piel. De este modo conservó el mismo leviton todo el tiempo que vivió.

No sabía qué cosa era descanso, sino que trabajaba todo el dia en el jardin y, habiendo tomado por la noche su pequeña refeccion, se retiraba á su celda, donde, muy lejos de dormir como los demás, se estaba sentado en una pequeña silla, y aguardaba el oficio de media noche trabajando en hacer cuerdas de juncos y repasando en su espíritu alguna verdad de las sagradas Escrituras. Y si el sueño le apretaba tan fuertemente que no pudiese resistirlo más, no por esto dejaba su trabajo, sino que teniéndolo siempre entre las manos, se dejaba caer entonces en el adormecimiento por tan corto tiempo como le era posible.

Una falta que hizo contra la perfeccion de la obediencia le fué un gran motivo de humillarse y de gemir mucho delante de Dios. Había en el monasterio una grande higuera que producía higos en abundancia; pero la cual por esta causa era un motivo de tentacion para los niños que se educaban en el monasterio, á la cual sucumbían frecuentemente. Habiendo ido allá San Pacomio á girar su visita, vió sobre

aquella higuera un feo demonio, que comprendió ser el de la golosina, é hizo al instante llamar á Jonás, á quien ordenó que cortase aquel árbol. Jonás, que lo veía tan hermoso y tan útil, tuvo pesar de cortarlo, y rogó al santo que tuviese á bien conservarlo para el consuelo de los hermanos. San Pacomio estimaba la virtud de Jonás y no quiso contristarle insistiendo de nuevo: pero al día siguiente se encontró la higuera muerta hasta en sus raíces. Entonces Jonas, viendo que Dios había hecho milagrosamente lo que él había rehusado hacer, entró dentro de sí mismo, y concibió un vivo pesar, no de la pérdida de aquel árbol, sino de la resistencia que había puesto á las órdenes de su superior. Habiendo caído enfermo este santo religioso, no cambió nada de su manera de vivir y no pudiendo ya trabajar en el jardín como antes, lo hacía lo más que podía en su celda, perseverando en el trabajo hasta la muerte. Jamás quiso permitir que le llevasen á la enfermería, y ni siquiera sabía dónde estaba. Rehusó también una almohada que querían poner en su silla, llevando la mortificación hasta á privarse de los más pequeños lenitivos que se concedían á los demás hermanos. Finalmente se le encontró muerto en su pequeña silla, teniendo en las manos las cuerdas de juncos en las que trabajaba siempre desde que se había puesto enfermo.

No se sabe con precisión cuándo murió. Según apariencias, tuvo esta lugar algunos años después de San Pacomio, porque á más de que él está colocado con el gran Tithoés, entre los que sostenían con su eminente virtud la congregación después de la muerte del santo abad, el autor de la Vida de este Santo, que escribía, según los continuadores de Bolando, después del año 380, habla de San Jonás como de quien le ayudó á sepultarlo; y dice que jamás se le pudo quitar su hábito de piel, á causa de que sus brazos y piernas estaban grandemente hinchados.

Tithoés es colocado por el autor de la Vida de San Pacomio en la segunda línea de los discípulos del Santo; pero no se le considera menos que como uno de los más ilustres, porque él le llama el gran Tithoés y dice de él que era eminente en santidad y, por decirlo así, engordado por la abundancia de las misericordias del Señor. Júntale también á los que servían por la autoridad de su virtud como de un firme apoyo á la congregación después de la muerte de San Pacomio, y que brillaban como luminosos astros, cuyo vivo resplandor, disipaba las nubes del relajamiento. Fué nombrado superior de los religiosos de Tabennes. Verosímilmente sucedió en este cargo á Epónico, á quien San Teodoro había puesto después de la muerte de Pedro, á quien San Pacomio lo había antes confiado.

Había llegado á una oración tan eminente que apenas extendía los brazos para orar cuando era arrebatado en éxtasis, lo cual hacía que los tuviera ordinariamente bajos cuando oraba en compañía de los hermanos, ya para evitar que se apercibiesen de su arrobamiento, ya porque no le hubiera sido fácil salir de él tan pronto como se hubiese terminado la oración común. Tenía por máxima que el silencio y la abstinencia eran poderosos medios para conservar el corazón en una gran pureza. El abad Motois decía de él que nadie había encontrado jamás que decir de su conducta, y que era como oro purificado en el crisol.

Había en el monasterio de Pabau un religioso llamado Tithoi, jefe de los hermanos que servían en la enfermería. Hay quien cree que es el mismo que el gran Tithoés, pero parece más bien que hay que distinguirlos, con los continuadores de Bolando. Este Tithoi es representado como un fuerte y generoso atleta de Jesucristo que combatía contra el pecado hasta el derramamiento de sangre. Juzgaráse quién era por un solo rasgo que de él cuenta el autor de la Vida de San Pacomio.